

OPINIÓN

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Estos tiempos no son peores que otros que quedaron atrás: son diferentes. La historia está llena de violencia, de injusticia y de intolerancia. No existe una fórmula mágica que, aplicada a una sociedad, lo resuelva todo; la solución única conduce a la tiranía, y las tiranías no resuelven nada.

Los dos modelos

LAS SOCIEDADES europeas occidentales, con sus variantes y particularidades nacionales, se asombran al percibir que en su interior aumenta la violencia, se extiende la drogadicción, prolifera el número de sectas, surge un racismo que parecía olvidado y se disparan nacionalismos intolerantes y excluyentes. Estas alteraciones son el resultado, el cuadro clínico, ya visible de dolencias que estaban ahí desde hace muchas décadas. Hay pocas enfermedades nuevas y si muchos enfermos nuevos.

Ahora se intenta tratar al enfermo, pero se descuida la enfermedad, se actúa con nula eficacia sobre su origen. Y esto ocurre tanto individual como colectivamente. A nadie le gusta tener familiares, conocidos o vecinos que tengan problemas con las drogas o que les haya atrapado alguna secta; y tampoco es agradable ver al propio país, la propia ciudad, ser pasto de la violencia.

Tales alteraciones no han aparecido por casualidad, por generación espontánea. Un mal funcionamiento de las estructuras sociales las han producido, cuando no las estructuras mismas. Tan dañino puede ser el consumismo desenfrenado como la falta de bienes que consumir, y tan terrible es el paro como el trabajo duro y mal pagado. Los países europeos, occidentales y orientales, han vivido su propio desarrollo social, pero bajo la influencia de dos grandes potencias.

La URSS y EEUU impusieron sus modelos políticos, económicos y sociales, y para el adoctrinamiento y la infiltración se valieron de todo tipo de recursos. El modelo soviético era imprescindible, ya que su ideología era desmentida por la

realidad, por la práctica, y se tuvo que imponer por la fuerza y anulando de raíz las libertades. Hoy día, la solución comunista ya no existe, y se mantiene en pocos países, alejados de Europa, aunque en nuestro continente ha dejado huellas, cicatrices que tardarán en desaparecer.

Norteamérica ha filtrado su modelo de forma más sutil, y en libertad, que no es poco. No empleó la fuerza en Europa porque no era necesario; en otros lugares del mundo sí lo hizo. Aquí, el cine, la televisión, la música o la moda joven fueron avanzadillas de su invasión económica: poca ideología y un aluvión de práctica envuelta en grandes palabras: libertad, democracia, orden social.

Entre la ideología comunista volatilizada y el disparado consumismo en auge se encuentran hoy los países de Europa. Para las sociedades del Este va a ser muy

duro salirse de su situación actual: no es fácil hallar una transición hacia la libertad y la democracia, y el salto al modelo americano es un espejismo, un espejismo que encandila, sobre todo, a la juventud.

Pero vuelvo a los problemas sociales que aquejan también a cierta juventud de Europa occidental; a la juventud y a buena parte también de la ciudadanía. No se pueden resolver tales problemas actuando de abajo a arriba, de los efectos a las causas, solamente. Sería un trabajo inútil, como el de Sísifo. Por supuesto que eliminar las causas es una tarea larga y difícil. Las causas están insertas en el tejido, en la estructura de la sociedad, en sus costumbres. Imponer una política de represión, que recorte ciertas libertades individuales, es un error, y es, jurídicamente, inconstitucional. Y resignarse a padecer la violencia y el fanatismo no conduce

a nada, tan sólo a intentar ignorar el problema. Sí, entre nosotros se dan actitudes racistas, hay miles de drogadictos que dañan a los demás y se dañan a sí mismos, grupos de extremistas violentos actúan en calles y estadios, el trabajo de las sectas continúa aumentando y su catálogo se amplía... Existen leyes y hay que aplicarlas: ésa es la tarea del Gobierno. Los ciudadanos a través de sus representantes en el Parlamento deben pedir el perfeccionamiento de tales leyes y la creación de otras, cuando sea necesario, para que no se produzca un vacío.

Tomarse la justicia por la mano es totalmente reprobable y, además, inoperante. La protesta social ha de ser pacífica. Pero casi nunca las leyes pueden actuar con eficacia sobre ciertas instituciones y colectivos de la sociedad en los que está el origen de muchas actuaciones torcidas: la familia, las escuelas, las empresas o los espectáculos violentos. Son muchas las conductas dañinas que allí se desarrollan, pero que no infringen las leyes abiertamente. Estos tiempos no son peores que otros que quedaron atrás; son diferentes.

La historia está llena de violencia, de criminalidad, de injusticia y de intolerancia. No existe una fórmula mágica que, aplicada a una sociedad, lo resuelva todo: la solución única conduce a la tiranía, y las tiranías no resuelven nada. Las leyes e instituciones van siempre detrás de la realidad social, pero han de adaptarse a estos tiempos, a las necesidades de esta época. Un plan de enseñanza no es bueno si la escuela no funciona, y la labor pastoral de un colectivo de obispos tampoco es buena si los fieles actúan, según dichos obispos, como si hubiesen olvidado los más elementales principios cristianos. En fin, que la agresividad del entorno provoca el aumento de la agresividad individual. Y hay que exigir que los poderes públicos corrijan ese entorno al tiempo que actúan sobre las manifestaciones asociativas individuales. Todos, agresores y agredidos, pertenecemos a una misma sociedad aunque no nos guste.



EL SOL/Nacho Ordás